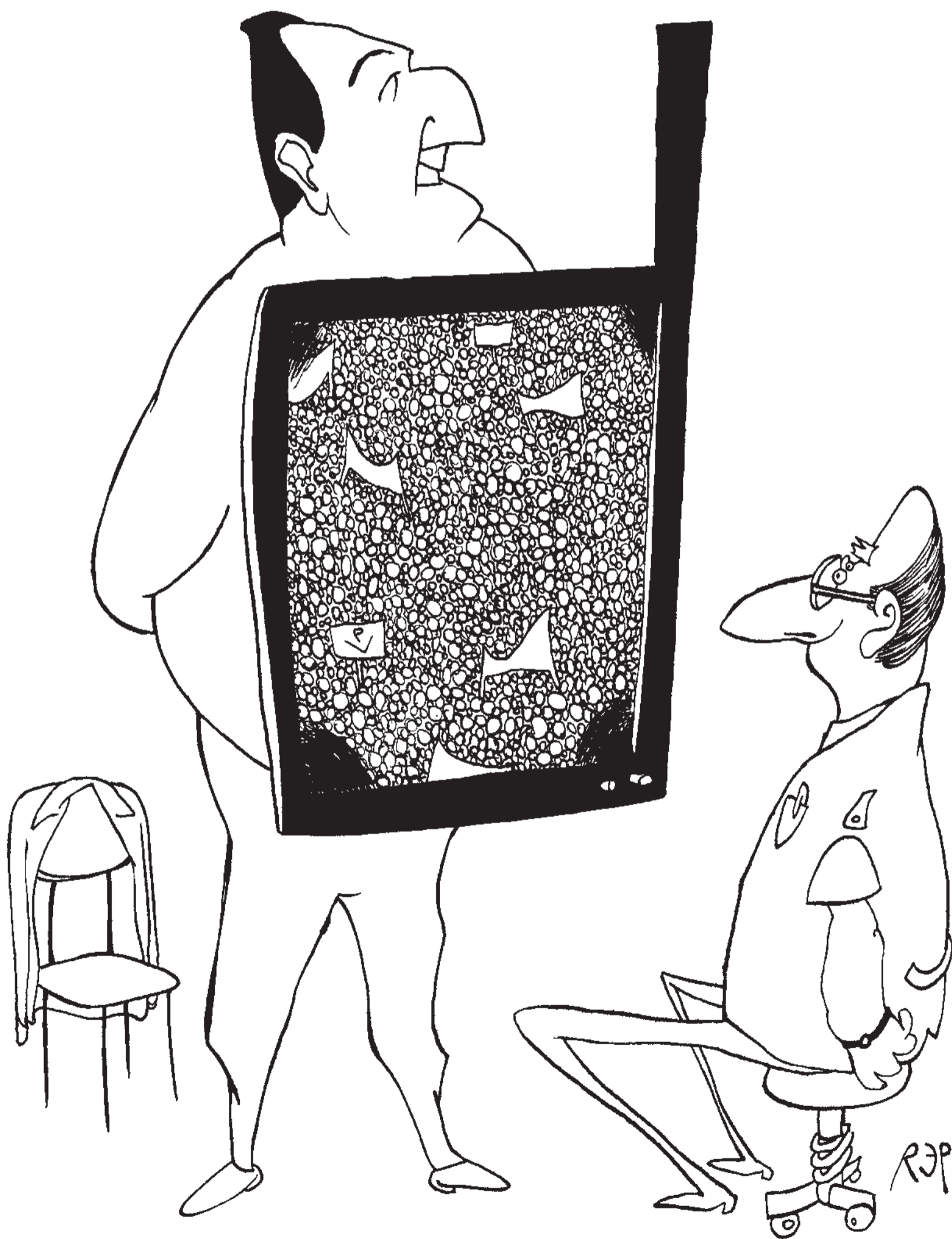


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

59 “Actualización política y doctrinaria para la toma del poder”



HEIDEGGER Y PERÓN, FRIBURGO Y MADRID

La izquierda peronista no se desviaba por leer los textos de Perón. Los textos doctrinarios. Menos aún los de algún otro viejo “teórico” del Justicialismo tipo Raúl Mendé. De Perón tenía suficiente con las cartas que llegaban. O con las fuentes autorizadas de los popes de la “corriente nacional”. No había documento de la JP que no nombrara a Jauretche, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz, Puiggrós, José María Rosa o Jorge Abelardo Ramos. Pero del general no sabían un pito. Habían mirado un poco *La hora de los pueblos*. Y no mucho más. La bibliografía era otra. Lenin, Marx, Fanon, Guevara, Giap, etc. Era necesario divulgar la palabra del líder. Casi nadie había leído el llamado “Manual de Conducción, que, además, no estaba por ninguna parte. En Platero, una librería de la calle Talcahuano, yo me conseguí la edición original de *Conducción política* y me la devoré con sumo interés. Era de 1951. Clases que Perón había dado en la Escuela Superior Peronista.

Había, sin embargo, encuadramientos que exhibían una fuerte “formación doctrinaria”. Las huestes del Gallego Álvarez eran brillantes en esos aspectos. Los *Demetrios* también. El *FEN*, de Roberto Grabois, un poco menos. Pero *Guardia de Hierro* —el encuadramiento que lideraba Álvarez— tenía una solidez doctrinaria que la tornaba invencible. Con el paso de los años (y con el horror que fomentó el alfonsinismo a ciertos meros nombres del peronismo de los ‘70) pasó a creerse que Guardia era no menos que las SA o las SS. Falsedad total. Eran ortodoxos. No estaban con la violencia, pero tampoco en contra. Decían algo interesante: “El guerrillero no puede hacer la tarea de adoc-trinamiento porque está demasiado preocupado por la seguridad. Eso corresponde a nosotros”. Manejaban dos textos: *Conducción política* y, sobre todo, *La comunidad organizada*, la ponencia de Perón en el Congreso de Filosofía de Mendoza escrita por Nimio de Anquín, un tomista arcaico y conservador (lo cual es un pleonismo: ser tomista es ya ser arcaico y ya ser conservador), y por, se dice, Carlos Astrada, algo que no me parece posible pues Astrada era un tipo inteligente, lo necesario al menos como para no haber metido mano en ese fárrago que leyó Perón, en que se citaban todos los grandes nombres de la filosofía, de Platón a Heidegger. Como sea, los de Guardia de Hierro se devoraban *La comunidad organizada*. Para nosotros era hojarasca del pasado. “*La comunidad organizada* —solíamos decir— no dice más allá de lo que dice su título: que hay que organizar la comunidad.” De todos modos, para un “republicano” la palabra “comunidad” tiene un perfume fascistoide que lo desagrada por completo. Para nosotros era una pavada. Pero, insisto, la gente de Alejandro “Gallego” Álvarez se sabía el texto de memoria. El “Gallego” Álvarez era un personaje célebre pero secreto de la época. Yo no lo vi nunca. Se dice que todavía transita los caminos de este mundo, incluso los de este país. “Guardia de Hierro” se puso al servicio de la ortodoxia peronista cuando volvió Perón y se dio la lucha ideológica contra la “infiltración marxista”. Fueron los principales animadores de un Congreso ideológico que se organizó hacia mediados de 1973 en el Teatro San Martín y que tuvo por gran figura a Amelia Podetti, una mujer de gran talento de la que ya hablaré.

Formaban parte de Guardia los *peronistas heideggerianos*. Algunos de cuyos nombres me guardaré. Pero eran tipos sólidos, profesores de filosofía y antimarxistas, desde Perón y desde Heidegger. Algunos lo saben, la gran mayoría no, pero Heidegger fue el primer teórico de la Tercera Posición. De aquí que los profesores heideggerianos de Guardia de Hierro lo asumieran. Heidegger y Perón, un solo corazón. Estos heideggerianos de Guardia ni se molestaban por prestarle alguna atención a Fanon. La cosa era otra. Ojalá no se aburran con estos temas porque son centrales para entender la época y dudo que sean conocidos por los laboriosos periodistas que se ocupan de ella. Pero Guardia de Hierro movía muchos militantes y muchos de los que luego hicieron carrera política durante la democracia vinieron de ahí. Negaban la teoría de la vanguardia armada. Aceptaban la violencia en tanto la aceptara el Conductor, pero sus libros y su interpretación del peronismo nada tenían que ver con el marxismo. Incluso habían elaborado una consigna para oponer a la de la izquierda que afirmaba que Evita sería Montonera si viviera, una consigna de enorme arraigo entre la JP que implicaba una glorificación de la vanguardia armada: *Evita, al ser la más*

pasional y la más decidida en la lucha, estaría, si viviera, en el lugar más arriesgado de ella. O sea, sería Montonera. “Guardia” respondía con una consigna poco inspirada, algo larga, pero conceptualmente clara: *Evita, Evita vive! en la revolución! Evita es peronista! y está junto a Perón*. Señalaba bien que Evita no estaría combatiendo en la Argentina en tanto Perón negociaba desde Madrid. Que el peronismo era un Movimiento y no tenía “vanguardias”. El concepto de “vanguardia” no era peronista. Perón podría haber dicho: el que fija las grandes líneas estratégicas es el conductor. ¿No es eso la vanguardia? Lo veremos mejor en *Actualización política, etc.*

Volvamos a los heideggerianos de “Guardia”. Era duro discutir con ellos. Sólidos en filosofía, grandes lectores de Heidegger, habían encontrado en la *Introducción a la metafísica* del filósofo de la Selva Negra la conexión indiscutible con el peronismo. Heidegger dicta ese curso en 1935. Ya no es rector de la Universidad de Friburgo. Pero se presenta ante los alumnos y les habla de los destinos trascendentes de la Alemania de ese momento histórico. Habermas dirá (en 1953) que Heidegger no les decía nada distinto a lo que luego les exigirían como oficiales. El texto “peronista” de Heidegger era el siguiente: “Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y América, por el otro. Rusia y América, metafísicamente vistas, son la misma cosa: la misma furia desesperada de la técnica desencadenada y de la organización abstracta del hombre normal” (Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1959, p. 75. No sé si debiera decir esto, pero uno dice tantas cosas que ya ignora cuáles pueden caer bien o mal. Acaso ésta pueda ser útil. Los 55 fascículos de filosofía que —tan laboriosamente escritos como éstos— publiqué en este diario de locos fantásticos que aceptaron la empresa forman hoy un voluminoso y no barato libro. Se llama como se llamaron los fascículos: *La filosofía y el barro de la historia*. Son 814 páginas. Como dije, no es barato. Pero piensen en cuántas huevadas gasta uno la guita. Por ejemplo: en comprar un ejemplar de la revista *Gente* con *Los personajes del año*. Uno mira eso y se quiere morir. No es la Biblia junto al calefón porque ahí no hay ninguna Biblia. El que se mete en esa foto se mete en la ética y la estética del calefón. Pero bueno: yo ya ni la miro. Un actor amigo me decía: “Cada vez que la miro tengo que tachar la mitad de mi agenda de teléfonos”. Bueno, si no compran esa basura y alguna otra, ya está. Se compran mi libro de filosofía. No tendrán a Miguens, Buzzi, De Angeli y las infatigables musas de la patria, Legrand y Giménez, pero se van a encontrar con Foucault, Sartre, Heidegger, Hegel, Deleuze y Baudrillard. No creo que se arrepientan. Y lo juro: no quiero vender más libros. Sólo desearía que la muchedumbre de la patria, engañada, manipulada, sofocada su inteligencia por los culos y las tetas del embrutecimiento, emergiera un poco, olfateara que hay otra cosa, y que vale la pena buscarla.) Como vemos, este Heidegger de 1935, que, en la Universidad de Friburgo, habla de una Alemania atenazada por la Unión Soviética y Estados Unidos, es un precursor del Perón de la Tercera Posición, de la teoría de los dos imperialismos. Los filósofos de “Guardia” le agregaban luego otros textos de Heidegger a éste y eran imbatibles en ciertas discusiones doctrinarias. También los *Demetrios* eran doctrinariamente sólidos. Pero un poco monguis. A los dos “Demetrios” (era difícil saber quiénes eran) los encontraron boleteados dentro de un auto en plena época de la Triple A. “Arreglo de cuentas”, se dijo. El “Gallego” Álvarez también era inhallable. Yo nunca lo conocí. Pero “Guardia” era el encuadramiento más sólido de los que se diferenciaban de esa Jotapé que luego fue la Tendencia. No eran cookistas. Una diferencia esencial. Cierta vez le dije a Amelia Podetti: “Cooke es, para mí, un ideólogo fundamental del peronismo”. Hosca, seca, pero aun así sonriente, con una sonrisa que te hería, dijo: “El único ideólogo del peronismo es Perón”. Siguiendo este apotegma (palabra abusivamente utilizada por Perón) es que Solanas y Getino viajan a Madrid y filman *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*.



ATENCIÓN, HABLE EL GENERAL PERÓN

Empecemos. Perón —de movida— se manda una frase, por decirle de algún modo, desmoralizante. Sucede que fue sincero. Y no se trataba de eso. Se trataba de que hablara para las bases combatientes del movimiento. Dice: “La concepción justicialista que nace en 1945 es una concepción simple con una base filosófica firme, y que obedece a un concepto cristiano y humanista de la política”. ¿Cómo? ¿Qué hacemos con eso? ¿Qué hacen los militantes de las fábricas, los jóvenes que hacen trabajo barrial, los universitarios, las comisiones internas de los hospitales? ¿Qué somos? Cristianos y humanistas. ¿Eso qué quiere decir en la época de las revoluciones, del nacionalismo popular y revolucionario, del antiimperialismo, del Tercer Mundo? Perón (ya en pleno enfrentamiento con la Jotapé) va a repetir esta fórmula en uno de esos discursos (muchos, en verdad) que dio durante 1973 en la CGT y que pronto tendremos el placer de analizar. (Honestamente: nada de lo que pasa en 1973 le produce a uno mucho placer. Más bien ganas de llorar.) Pero desde la CGT —para enfrentar la concepción “trotsca” del peronismo que denunciaban los sindicalistas con Rucci a la cabeza— Perón dijo que nadie se llamara a engaño, que el justicialismo era un movimiento cristiano y humanista, eso y ninguna otra cosa. En las siguientes movilizaciones la Jotapé largó una consigna muy jodona y muy buena: *No somos troskos no somos comunistas! somos cristianos! cristianos y humanistas*. ¡La cara que habrán puesto Solanas y Getino cuando el Viejo empieza decir sus frases “duras” con esta huevada del humanismo cristiano! ¿Mejora? Preamble: “Entonces es necesario que ofrezcamos a los pueblos la posibilidad de que trabajen felices (...) Pueblos felices, trabajando por la grandeza de un mundo futuro, pero sin sacrificios y sin dolor. Que eso es lo humano, que eso es lo natural, y que es también lo científico”. Lo humano. Lo natural. Y lo científico. Perón mezclaba todo. Cuando quería hablar sin decir nada no había quien lo superara. Supongamos que, hasta aquí, está calentando los motores. Ahora habla de la tercera posición. “Entonces debe haber una tercera posición que es la que concibe el justicialismo, donde el hombre, en una comunidad que se realiza, pueda también realizarse como ente humano. Esa es la verdadera concepción justicialista que venimos expresando desde hace 25 años.” La frase que propone la realización del hombre dentro de la comunidad Perón la toma de Clausewitz, que la toma de Hegel. La comunidad en la que el hombre se realiza es, para Hegel, el Estado. Clausewitz lo sigue. Y Perón elabora una buena frase: *Nadie se realiza en una comunidad que no se realiza*. Ojalá fuese así, pero el capitalismo (más aún: el neoliberalismo post-Muro) prueba que en la comunidad no se realiza nadie salvo unos pocos que acumulan tremendas riquezas y no les importa si la comunidad se realiza o no. Porque no quieren una comunidad. O sí: pero la quieren para rapiñarla. Las comunidades —tal como hoy se nos presentan— se forman por una casta de factores de enorme poder que vampirizan a la comunidad sin importarle su realización o no. Para esos poderes no hay comunidad. Sólo hay territorios que saquear. Pero en el momento en que Perón habla la idea de nación y de Estado son muy fuertes y él quiere decir que un Estado debe garantizar la posibilidad de que todos se realicen en él. Perón era un político genuinamente populista. Lo fue siempre. Lo que su populismo se propone es la humanización del capital, no su eliminación. Es un keynesiano sincero. Un distribucionista convencido. Seguimos leyéndolo. El título que ponen S y G (Solanas y Getino) es ahora: *El antiimperialismo del Tercer Mundo*. Aquí Perón les da un poco el gusto. Dice: “Tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes, lógicamente el Tercer Mundo está en la Tercera Posición”. No dejen de pasar esa frase: *Tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes*. ¡La tenaza heideggeriana! Perón y Heidegger, un solo corazón. Algún gorila melancólico, de esos que todavía le dan manija a la cuestión del nazismo, dirá: “No en vano Heidegger fue nazi, como Perón”. No perdamos tiempo en esto. La cosa va más allá. Heidegger decía: “Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y

América, por el otro”. Europa es, para el genial autor de *Ser y tiempo*, Alemania, la razón más centralmente ubicada de Occidente. Ocupa su mismo centro. La nación que ha heredado a los griegos. En nosotros, dice, “el pasado es aún”. Grecia late en nosotros. Debemos encarnar su grandeza porque ella ya ha pasado por sobre nosotros, es ahora nuestra meta. Este genial trazado del eje Atenas-Berlín sólo Heidegger pudo hacerlo tan brillantemente. No obstante, Perón también logra lucirse. Al vuelo atrapa el concepto de moda: el *Tercer Mundo*. Y dice: *Lo inventamos nosotros, los justicialistas*. ¡La Tercera Posición ya era el Tercer Mundo! ¡Gran jugada ideológica! Si hasta se torna creíble. ¿Por qué no? ¿O no se opuso Perón a “los dos imperialismos”.

Luego plantea una consigna que a él, al menos, le agrada mucho: la del *Continentalismo*. Dice: “Ahora ustedes vivirán la etapa del Continentalismo, y es posible que sus nietos y sus bisnietos lleguen a la futura y última integración, que es el *universalismo* como aspiración de una humanidad realizada”. ¿Qué gansada era ésta? ¿Para qué quería la Jotapé el Universalismo? General, queremos la lucha de clases, la señalización del enemigo: las corporaciones financieras, los terratenientes, la camarilla militar, la Iglesia. ¿Por qué mier-con perdón-da nos habla del Universalismo? Pero era así: Perón solía irse a los caños. De pronto, sin embargo, descendiende hacia la historia. ¿Se pone revisionista! S y G acercan su Cámara, ansiosos. Vamos, que ya viene lo bueno. “Nosotros, colonia española, pasamos a ser colonia inglesa”. ¡El Viejo había leído a don Pepe Rosa! Sigue: “Por eso en la Argentina ha habido una *línea anglosajona* y una *línea hispánica*. La línea hispánica fue la que siguió con la idea independentista, la otra es la línea colonial”. Hum, ya se está por ir otra vez a los caños. ¿Qué es esto de la “línea hispánica”? ¿No se le habrá pegado de estar tanto tiempo tan cerca de Franco? “Y en nuestro país la línea nuestra es la línea, diremos, de la Primera Junta, que era independentista. De Rosas que defendió eso, de Yrigoyen, que fue otro hombre que defendió eso. Y de Perón. Todos los demás gobiernos argentinos han pertenecido a la línea anglosajona y la han servido de una manera directa o indirecta”. A ver, ¿qué se podía sacar de aquí? La línea *Rosas, Yrigoyen, Perón*. Lástima que el Viejo no mencionó a San Martín. Pero ahí está *la línea nacional*: Rosas, Yrigoyen, Perón. Sin embargo, ¡la Primera Junta? ¿Cómo va a estar la Primera Junta dentro de la línea hispánica si Moreno y Castelli y Belgrano los rajaron a patadas a los gallegos? Y bueno, será una genialidad del Viejo. A seguir. Se manda su célebre frase: “El año dos mil nos encontrará unidos o dominados”. Es buena. Marca un punto para la lucha. Hay que ganar antes del dos mil. Y sólo se gana con la Unidad Latinoamericana. Cuando Perón vuelve —Ezeiza— se hace correr una bola: durante los primeros días el general se consagrará al Continentalismo, a la unidad de América Latina. Eso lo decía Cámpora todo el tiempo. Y por medio de Cámpora, los Montoneros. Lógico: se lo querían sacar de encima. Vaya, general, haga la Unidad de América Latina así nosotros manejamos tranquilos el país. No era posible la política que convocaba primariamente al Tío, pero el buenazo del Tío estaba jugado con los Montoneros, con la Jotapé, de modo que no le disgustaba el proyecto. Además, creía sinceramente en él. Perón se lo había hecho creer. Y no porque el Tío fuese un ingenio, sino porque Perón seguía siendo capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Del Continentalismo había hablado lo necesario como para que cualquiera se lo comprara. Era un producto medio absurdo: un político que apenas ha conseguido volver a su país ahora se va a encargarse de unir a América Latina. Esto lo ponía por encima de todos. Hablaba de un no-dicho pero sí-dicho liderazgo continental. Pero, ¿quién iba a discutirle algo a Perón? También se le daba por hablar de la ecología. Para nosotros, en 1970, la ecología remitía más a los enanitos de jardín que a la revolución. Un día, sin embargo, entro en el Departamento de Filosofía y encuentro a uno de los genios de Guardia de Hierro leyéndose un libraco de ecología, “porque el general lo dice”. Se lucía el Gallego Álvarez con la ortodoxia mongoloide. Para la Jotapé la ecología era la Sierra Maestra y eran un montón de plantas abundantes y húmedas que habían reventado los pulmones del Che en Bolivia. O sea, la ecología era reaccionaria. O no era nada. Era una de esas huevadas con las que rompía Perón. “Ojo, mirá que el Viejo vive en Europa. Debe saber mucho sobre cómo viene la mano en algunas cosas”. La ecología modernizaba a Perón. Tonterías: la Jotapé ardía por escucharlo hablar del socialismo, del poder, de la revolución latinoamericana.

¿QUÉ ES LO QUE DEFINE A UNA PERSONA COMO PERONISTA?

A esa tarea siguen consagrados Solanas y Getino. Le preguntan y le preguntan y las respuestas del Viejo nunca resultan del todo duras. Cuando habla del “Movimiento Justicialista” es claro y transparente: “La única fuerza cívica que conserva su estructura y su potencia es el peronismo y dentro de él la clase trabajadora. Estas fuerzas representan el eje del movimiento revolucionario nacional”. Aquí está todo. Perón no menta *tanto*. Sin duda esas cartas a la Juventud o a las formaciones especiales o el lamento ante la muerte del Che (“se fue el mejor de nosotros”) eran marcadamente tácticas, decían lo que él tenía que decir para tener de su lado a los combativos. Pero en el film de Solanas y Getino *Perón apenas si va algo más allá de “Conducción política”*. Son tantas las frases que repite de sus viejas clases de 1951 que es lícito preguntarse si leyó algo más en la soledad del exilio. Clausewitz, Licurgo, Napoleón y sus propios apotegmas. Observemos que ha hablado del *eje del movimiento de la revolución nacional*. No es la militancia juvenil. Mucho menos las formaciones especiales. *Es el peronismo*. Así, en totalidad, como (recorrimos otra vez a la fórmula de Laclau) gran referente vacío. Y “dentro de él” el único contenido que admite es “la clase trabajadora”. Solanas y Getino formulan la pregunta del millón. Lo sigue siendo. Todavía hoy (hoy, luego de tantos años y tantas idas y vueltas, menos que nunca) no tiene respuesta. Preguntan: *¿Pero, ¿qué es lo que define hoy, en la Argentina, a una persona como peronista?* Perón va a dar su respuesta. Hay, sin embargo, que reconocer. “Algo” debe definir a una persona o a una determinada política como “peronista” porque, de lo contrario, serían vanos los enconos de tantos antiperonistas como han florecido en los últimos años. Hay gente que ha vivido odiando al peronismo. Alguien que vive odiando otra cosa de la que él es hace de ella el sentido de su existencia, o uno de sus principales sentidos. Hipótesis de trabajo: para saber qué es el peronismo mejor preguntarles a los antiperonistas que a los peronistas. Magdalena Ruiz Guíñazú, Beatriz Sarlo, Morales Solá, Sebreli podrían tal vez decir más sobre el peronismo que aquellos que, sencillamente, adhieren a él. Por el momento, veamos qué dice Perón. Adelanto algo: es la indiferenciación misma. Lo que esencialmente dijo Perón del peronismo es que era un movimiento ni sectario ni excluyente. Un *movimiento* no es un *partido*. Un *movimiento* es una totalidad. Un *partido* es una particularidad en un régimen republicano-democrático de particularidades que se expresan por medio de las instituciones. (Observen qué bien conozco el verso republicano. ¡Qué bien les vendría si me pusiera en venta! Sin embargo, soy un adversario que a veces cultiva las buenas maneras. El conocimiento profundo que tengo de su ideología y su historia me ha permitido saber que son casi invencibles y que nuestra tarea será, al menos, la de molestarlos. El mundo es irredimible porque es de ellos y nosotros sólo podremos conseguir tornarlo algo menos brutal.) La idea de *movimiento* en tanto *totalidad* permite la ausencia de la *exclusión*. Una totalidad no excluye nada, incluye todo. Al entrar en la totalidad, lo que se incluye no pierde el sentido que tenía en tanto particularidad, pero ahora lo tiene como particularidad dentro de una totalidad que la redefine constantemente. Cada una de las particularidades se relaciona con las otras por mediación de la totalidad. Y la totalidad, que totaliza a todas, es siempre más que la mera suma de sus particularidades. Pero en el Movimiento Peronista hay una retotalización que está afuera de la totalidad. Esta retotalización o totalización totalizadora es la que hace el líder del Movimiento. *El que en definitiva totaliza es Perón*. Los 15.000 kilómetros de distancia que su liderazgo mantuvo con el terreno de las operaciones permitió esta totalización totalizadora o totalización de la totalización (en tanto el líder totaliza a esa totalidad

que es el Movimiento) que dio a Perón el control total del Movimiento. *La distancia le evitó el desgaste de la historicidad*. La imagen de Perón le estaba sustraída al país. *Apareció por primera vez en los kioscos de revistas cuando se permitió exhibir un ejemplar de la revista “Las Bases”*. Recuerdo la sorpresa de muchos: “¡Qué viejo que está!” Otros descubrían sus manchas y sus marcas de viruela. Perón empezaba a historizarse. Levemente. Pero tenía ahora cierto compromiso con lo real. No lo tuvo hasta Ezeiza. Desde lejos, desde los 15.000 kilómetros, podía ejercer en plenitud su teoría de la *conducción de lo heterogéneo o del desorden*.

Volvamos a la pregunta de Solanas y Getino: *¿Qué es lo que define hoy a una persona como peronista?* La respuesta de Perón es formidable. Si alguien quiere entender qué es el peronismo o por qué el peronismo ha sido y es así, preste atención: “En eso (dice Perón) no hay que extremar la cosa, el Movimiento Peronista jamás ha sido ni excluyente ni sectario. Nuestro Movimiento, por ser de una tercera posición, es un movimiento de gran amplitud, ése es el peronismo”. La lógica de la frase es de una inexactitud fenomenal. Porque sucede todo lo contrario. A ver, con permiso, general, veamos: el peronismo expresaba una *tercera posición* porque estaba opuesto a los dos imperialismos dominantes. No formaba parte del imperialismo soviético. No formaba parte del imperialismo yanqui. Lo que queda, en lugar de ser de una gran amplitud, es simplemente lo que los dos imperialismos han dejado como resto. Somos la *tercera* posición porque no somos ni la *primera* ni la *segunda*. Al ser la *primera* y la *segunda* los dos grandes imperialismos... ¿qué es lo que queda? No pareciera poder ser mucho. Queda lo que los dos imperialismos no se han preocupado por conquistar. Pero esto no amedrenta a Perón. Sigue con gran empuje: “Ahora, dentro de la acción política que se desarrolla todos los días, vemos mucha gente que proviene de otros sectores políticos, que pueden ser del comunismo o pueden ser del conservadurismo. Porque de todo hay en la huerta del señor. Por aquí han pasado las más diversas tendencias, yo a todas les digo exactamente lo mismo: vean señores, cuando nosotros formamos el justicialismo vinieron hombres conservadores como el doctor Remorino (era secretario de Julito Roca, así que imagínese, el riñón de la oligarquía) y fue un gran peronista, un buen servidor y un gran peronista. Del otro lado vinieron sectores socialistas, como Bramuglia, como Borlenghi, como, en fin, un montón. Y también del comunismo y todos esos hombres han demostrado a lo largo de estos años que han sido buenos peronistas (...) En este sentido, el Movimiento Justicialista, para ser realmente justicialista, debe admitir que todos los hombres pueden ser buenos, y que todos pueden tener razón, e incorporarlos a servir al Movimiento”. Luego desliza esas frases regocijantes de Viejo Vizcacha que eran parte de su encanto, de la seducción que sabía ejercer sobre las personas: “El bruto es siempre peor que el malo, porque el malo suele tener remedio, el bruto no. He visto malos que se han vuelto buenos; jamás un bruto que se haya vuelto inteligente”. Poco más adelante dice algo muy claro: “Las pasiones y los intereses individuales son los que desvían y deforman la actuación peronista”. La *pasión individual* no se integra como particularidad dentro de la estructura totalizadora del Movimiento. La *pasión individual* lleva a querer imponer la propia particularidad como *verdad* del Movimiento. Una *sola* particularidad quiere totalizar. Al querer totalizar se propone hegemonizar a las otras, dominarlas. Imponerles su propia concepción como concepción totalizadora del Movimiento. Sale del juego de las partes entre sí y de las partes con el todo. Su parte, sometiendo a las otras, quiere ser el todo. Al serlo, se enfrentará a la instancia totalizadora final o a la totalización totalizadora que es la que realiza el líder, ya que todas las totalizaciones remiten a la totalización final del líder, que para eso lo es. De aquí que las “pasiones y los intereses individua-

les” sean la subversión misma del *todo movimientista*. Esto fue lo que intentaron los Montoneros. Cuando una parcialidad quiere ejercer la totalización le está discutiendo al líder nada menos que la conducción del Movimiento. *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón*. Para colmo, las imposiciones de la “rima” llevaban a anteponer el nombre de Montoneros al de Perón. Un agravio.

FIRMENICH Y GALIMBERTI MEAN A PERÓN

Pero esto que ha dicho Perón es el estilo de conducción peronista. El conductor estratégico establece las grandes líneas tácticas. No se mete en la conducción táctica a menos que sea necesario. Por ejemplo: cuando se forman dos bandos peronistas. Pero el peronismo, al ser un Movimiento, al aceptar la más amplia diversidad *por tener un líder que, en última instancia, podrá decidir en bien del conjunto*, puede (y hasta debe para *ser lo que es*) integrar todo tipo de personajes. Muchos durante estos días se desgarran las vestiduras por la incorporación del carapintado Aldo Rico al Frente de la Victoria. Me han dicho que Kirchner se reunió con los intelectuales de Carta Abierta para explicar la decisión. No es necesario. ¿Qué hizo? Hizo peronismo. En 2003 (hace siglos) yo le decía a Kirchner que no se definiera como peronista, que no tomara la jefatura del partido, que creara algo nuevo, un partido de centroizquierda. No lo hizo, y posiblemente no haya podido. Hizo política impecablemente peronista. Se quedó con el aparato, con la presidencia del partido y ahora lo tiene a Aldo Rico. ¿Justificarse? Puede recurrir a cien ejemplos de Perón. Para neutralizar a Rico pondrá a otro. Perón se reía de estas cosas. Durante su primer regreso ofrece una conferencia de prensa por televisión. Memorable. Un periodista le pregunta: “El general Lanusse dice que reza el Padrenuestro todas las noches. ¿Y usted?” Perón lo mira de un modo inolvidable, como si le preguntara: “¿A dónde me querés llevar, boludo?” Y le contesta: “¡Sí! ¿Por qué no?” Por qué no. Total, ¿de qué merda sirve rezar el Padrenuestro? Eso que lo haga el chupacirios de Lanusse. Luego, otro periodista le pregunta: “¿Qué opinión le merece John William Cooke?” Perón: “Era un eminente argentino”. Había un par de peronistas de izquierda conmigo: “¡Bien!”, exclamaron. En seguida: “Algunos dicen que era muy izquierdista. Pero tuvimos otros que eran muy derechistas, como el doctor Remorino”. “Otra vez nos cagó”, dicen los pibes de la Jotapé. Pero la hora de las definiciones tajantes llegará para el líder. Lo veremos elegir y elegir con saña, gente de lo peor, asesinos profesionales. Todavía falta. Será cuando esa parte que se niega a ser parte y quiere ser todo (los Montoneros) le discuta la conducción. La actitud de Perón no será la del Padre eterno. La de los Montoneros no le irá a la zaga en agresividad. Seguramente tuvieron una alta responsabilidad en el pronto desgaste de la salud del líder. De modo que nos atreveremos a una reformulación de ese chiste que contamos: que Firmenich y Quieto están enterrados, aparece Perón y mea sobre sus tumbas. Se va. Al rato, desde las tumbas se oye: “Che, Quieto”. “Qué.” “¿No te dije que el Viejo no nos iba a cagar?” El escenario es ahora otro. Perón es el que yace bajo tierra. Vienen Firmenich y Galimberti y le recontraean la tumba. Al tener próstatas jóvenes –y no la próstata ya averiada del Viejo– los orines surgen con mayor intensidad. Después se van. Un momento de quietud. Silencio. Luego se oye la voz de Perón: “Siempre supe que los Montoneros no me iban a cagar”. La posibilidad de *los dos chistes* marca el sentido profundo de la tragedia. Uno de los temas que más vamos a tratar a partir de los sucesos de Ezeiza es el de la *verdad*. ¿Quién tenía la verdad? ¿Dónde estaba la verdad? Y por último: *¿qué es la verdad?*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Trelew, la prefiguración de lo por venir